

## CAPÍTULO X

*Comportamiento lamentable de Ptolomeo Filopátor, opuesto al de sus antecesores. – Ruego de Cleómenes, rey de Esparta, a Ptolomeo para su regreso a la patria, no concedido.*

Apenas murió su padre, Ptolomeo Filopátor quitó la vida a su hermano Magas y a sus parciales, y se apoderó del trono de Egipto (año -220). Creía que su maña y el dicho fratricidio le habían liberado de los celos domésticos, y que la fortuna le ponía a cubierto de todo insulto exterior, después de haber llevado de esta vida a Antígono y Seleuco, y haber puesto en su lugar a Antíoco y Filipo, jóvenes por cierto y casi niños. Satisfecho de estas esperanzas, pasaba su reinado en continuas diversiones. No se dejaba ver ni tratar de los cortesanos y demás gobernadores de Egipto. Miraba con desprecio y descuido las potencias vecinas: asunto cabalmente sobre que sus predecesores habían velado más que sobre el gobierno interior de su propio reino. Efectivamente, dueños de la Celesiria y de Chipre, tenían en respeto al rey de Siria por mar y tierra; despóticos en las ciudades, puestos y puertos más considerables que hay por toda la costa desde la Panfilia hasta el Helesponto y lugares próximos a Lisimaquia, observaban a los potentados de Asia y aun a las mismas islas; señores de Enos, Maronia y otras ciudades más remotas, estaban a la vista de lo que pasaba en Tracia y Macedonia. Así, extendiendo sus miras a más de lo que daba de sí Egipto, y poniendo por delante de sus límites una dilatada barrera de Estados, no tenían que cuidar de su propio reino. He aquí justamente por qué ponían tanta intensidad en lo que pasaba exterior-

mente. Pero este rey, por el contrario, entregado a indecentes amores y a locas y continuas borracheras, miraba con abandono estos asuntos, lo que bastó para que se levantasen en breve tiempo contra su vida y corona infinitos enemigos. Efectivamente, el primero de todos fue Cleómenes Espartano.

Éste, mientras vivió Ptolomeo Evergetes, con quien tenía contraída alianza, estuvo quieto, persuadido de que siempre lograría de su favor el auxilio competente para recobrar el reino de sus padres. Pero así que pasó de esta vida, y andando el tiempo, vio que los intereses de Grecia casi le estaban llamando por su nombre; pues Antígono había muerto, los aqueos habían tomado las armas y los lacedemonios, según su primer propósito y designio, se habían asociado con los etolios contra los aqueos y macedonios; entonces ya se vio forzado a insistir con mayor empeño en salir de Alejandría. Para esto tuvo una conferencia con el rey, a fin de que le enviase con la tropa y municiones correspondientes; pero desatendida su instancia echó mano del ruego, para que al menos le dejase ir solo con su familia, puesto que el tiempo le proporcionaba una ocasión favorable de recobrar el reino paterno. Ptolomeo, a quien los desórdenes le retraían del conocimiento de los asuntos y de extender sus vistas hacia adelante, necio e imprudente, hacía poco caso de la súplica de Cleómenes. Pero Sosibio, en quien residía la suma autoridad de los negocios, reunió un consejo, en el que después de varias contestaciones se decidió que no se dejase salir a Cleómenes con armada ni provisiones. Creían que, muerto Antígono, eran de poca importancia los negocios extranjeros, y por consiguiente sería superfluo un gasto semejante. A más de esto, temían que Cleómenes, no teniendo quien se opusiese a sus ideas después de la muerte de Antígono, sojuzgaría prontamente y sin trabajo Grecia, y vendría a ser para Egipto un rival poderoso y formidable, principalmente cuando conocía a fondo el estado de los negocios, estaba lleno de desprecio contra el rey y veía muchas provincias del reino separadas y a la larga distancia que le ofrecerían mil ocasiones de obrar con ventaja. Porque en efecto había en Samos bastantes navios, y en Éfeso buen número de soldados. He aquí por qué desaprobaban el pensamiento de enviar a Cleómenes con el aparato correspondiente. Por otra parte, despachar a un príncipe de su consecuencia sin haberle atendido era adquirirse un enemigo declarado e irreconciliable, paso que no les podría traer cuenta alguna. No quedaba más arbitrio que detenerle contra su voluntad. Pero este medio fue desechado al instante de todos sin más examen, persuadidos de que no era seguro abrigar en un mismo redil al león y a las ovejas. Sobre todo, quien más temía se tomase este partido era Sosibio, por el motivo que sigue.